



## EL AMOR EN LA CALLE

No hay aventuras que más agucen el ingenio del hombre que las de amor. Ha llegado a afirmarse, con testimonios de indudable elocuencia, que ante el peligro, cuando los obstáculos, el temor se siente invadido de fuerzas insólitas, tal como al fabuloso Anteo le crecían al contacto de la tierra. No yerra, entendido como se debe, el aforismo popular cuando dice que el amor es la fortaleza del sexo débil y la debilidad del sexo fuerte, toda vez que de la tal debilidad, en lo que al músculo respecta, salen suelen los episodios más peregrinos y las más sabrosas... dificultades, casi siempre vencidas, con la cooperación de la otra parte, como es lógico.

Y aun cuando esta cooperación falta, estoy por añadir... y añado. Sin pensar que en absoluto tenga razón la célebre Nínón de Lenclos cuando afirma que, en amor, la constancia es el recurso de las feos, no se me escapa lo mucho que influye en los caprichos eróticos masculinos la resistencia, fingida o real, de la mujer, y como en medio de todo juega un papel principal la ética social y el espíritu de conservación a base de registro civil, soy por sentido que todo ello está muy bien hecho.

De la mujer depende, en todo caso, el llevar o no al perseguidor por el buen camino, o sea el de la curia, y ahora vamos a ver cómo ciertos actos acarrean ciertas inconvenientes, que no todo es gloria en el amor por grande y noble que la pasión sea.

Además del peligro, el hombre afronta el ridículo y apena con las burlas, a veces envidiosas. Lo cual no obstante para que la constancia de antes le haga insensible a unos y otras, si el escenario en que los personajes actúan es la vía pública, es decir, la calle. Sin descender a psicologías menudas, sostendré que el sujeto más o menos víctima de esas pasiones, se encuentra bajo la influencia de un proceso inhibitorio de la sensibilidad... exterior, y como nada de afuera es capaz de excitarlo, reduce sus funciones animicas al círculo en que su afectividad actual se mueve.

El amador callejero, el que, aun sabiendo prescindir de los curiosos y de los maliciosos, no se siente dueño de sí mismo dentro de las paredes de una habitación; el que no sabría deslizar un requiebro o sostener un chicleo a hurtadillas y, como quien dice, en la oscuridad; ese amador se encuentra seguro, entero, tranquilo, en la acera, en la plaza, en la calle, bajo la

cúpula del cielo protector o bajo la mirada desinteresada de ese astro o astillito nocturno tan evocado por los poetas... y por los fabricantes de muebles.

Naturalmente, esos deportes, vamos, epífitas (hay que ser decentes) no son cultivados hoy como antaño, y las causas de su decadencia se me antojan obvias. A medida que la cultura avanza, la bestia retrocede; pero no para desaparecer, corriendo por el mejor desenvolvimiento de la vida superior, sino para hacerse más refinada, más suave y hasta más artista. Esos mismos (o los hijos de ellos) que hasta hace mucho tiempo rehuían los encuentros con ellas en el interior de las viviendas, por las complicaciones que traer solían, actualmente parecen complacerse en evitar el comentario callejero con la exhibición de requiebros y a todo trance; y de ahí que si empieza afuera, hagan todo lo posible por no permanecer allí mucho tiempo.

El amor en la calle tiene, por lo demás, caracteres únicos, absolutamente suyos. El hombre que conscientemente se figura que encuentra (cuando piensa en ella) en cada semejante un cómplice, desarrolla todo el juego de su dialéctica erótica sin cuidarse para nada del efecto que en quien lo que puede producir. Esto es, piensa hasta por su acompañante, en una confidencia íntima de la que a ella supone poseída, y que no se atreve a exteriorizar ni a medias. No le cuadra, por cierto, aquella timidez, de que se figura uno dominado al verdadero amante. Aparte de que ya se encuentran poquísimo ejemplos de éstos; y aparte también de que la misma mujer ha progresado tanto que no consiente en la pulsión, el hombre, vaya uno a saber por qué evoluciones de la naturaleza, sobre todo en estos climas, busca las "glorias claras del amor". Lícito por cierto, aunque a su corta o a la larga se arrepienta (que se arrepiente).

Como tantas otras costumbres, hemos visto, pues, que también desaparece la de pillar la pava en los balcones, en los parques, o en otros sitios descubiertos. También se ven pocos corriendo de una boca a otra, haciendo el oso o el babiceo. Bien es verdad que esto último puede considerarse sin miedo de error, como la expresión de la tontería más lastimosa. Porque aquello no se conversa, no se cambian impresiones, no se desvanga el alma o lo que sea. Atentos al contrario, se acumulan deseos, se excitan los nervios, se pierde hasta un poco la noción de la dignidad masculina, pues no me hará creer nadie que esto constituya un consuelo para los... amores amatorios, ni que por semejante camino se llegue a la Mecca consobrada... máxime Tántalo.

PATER.

